

ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA LA PREGUNTA POR EL HOMBRE

Sócrates y el descubrimiento del hombre: La inquietud del ser humano no tiene límites, por ello siempre se ha dedicado a indagar sobre todas las cosas existentes, pero sin lugar a dudas, la pregunta que más sorprende y atrae es la pregunta por sí mismo.

Sólo los seres humanos han logrado formularla y tratan de resolverla de múltiples formas.

Algunos lo hacen desde un punto de vista naturalista, otros desde una perspectiva teológica y otros desde disciplinas afines a la filosofía. Sin embargo, como el ser humano es inacabado y siempre lleno de posibilidades, esta tarea sigue inconclusa.

El primer pensador que logró plantear con claridad dicho interrogante fue Sócrates, quien lo enunció de la siguiente manera:

“¿Cuál es la naturaleza y la realidad última del hombre?”

¿Cuál es la esencia del hombre?”

Luego de unas disquisiciones llegó a plantear que el hombre es su alma, puesto que precisamente su alma es aquello que lo distingue de manera específica de cualquier otra cosa.

Sócrates entiende por alma nuestra razón, aquella que es la base de nuestra actividad pensante y ética.

El alma como principio: El alma es, entonces, el yo consciente, la conciencia y la personalidad intelectual y moral. Por ello, cuando Sócrates habla del cuidado de sí mismo no se está refiriendo al cuidado corporal, sino al cuidado de su alma. Así, se entiende que para él enseñar a cuidar el alma es la mejor obra que todo educador puede realizar.

La prueba socrática de que el ser humano es su alma se plantea así: En todas las acciones de la vida, uno es el instrumento del cual nos valemos y otro es el sujeto que se vale de dicho instrumento.

Ahora bien, el hombre se vale del propio cuerpo como de un instrumento, lo cual significa que son cosas distintas el sujeto (que es el hombre) y el instrumento, que es el cuerpo.

Por lo tanto, el conocimiento del hombre es el conocimiento de su alma y la tarea de todo ser humano es su propio conocimiento.

La verdadera y principal tarea humana es su conocimiento: “conócete a ti mismo” era la consigna socrática”.

La concepción dualista del hombre en Platón: En Platón hay una concepción dualista del ser humano: por un lado está el cuerpo y por otro está el alma. Los dos elementos son de naturalezas muy diferentes y se han integrado de manera

accidental. El cuerpo es considerado una tumba o una cárcel para el alma.

Como nuestro fundamento o nuestra auténtica realidad es nuestra alma, mientras tengamos cuerpo, estamos como muertos, porque el cuerpo es una tumba que insensibiliza el alma.

Nuestra muerte corporal en cambio implica vivir, porque al morir el cuerpo, el alma se libera de su prisión.

De acuerdo con el planteamiento, el cuerpo es el origen de todos los males y del mal en general. Es el origen de los amores alocados, de las enemistades, de la ignorancia y de la demencia.

Precisamente todos estos males son los que llevan a la muerte del alma. Por lo tanto, la muerte del cuerpo es un episodio que únicamente afecta al cuerpo, por lo que el alma no sólo no es perjudicada, sino que además es la beneficiada, porque encuentra una vida verdadera, una vida completamente recogida en sí misma, sin obstáculos ni velos, y plenamente unida a lo inteligible. La muerte inaugura la verdadera vida del alma.

La huida del mundo como liberación: Pero como no podemos atentar contra la vida del cuerpo, debemos huir del mundo, es decir, esforzarnos por ser virtuosos y asemejarnos a Dios. Huir del cuerpo y del mundo quiere decir huir del mal mediante la virtud y el conocimiento y esto quiere decir asemejarse a Dios.

El alma se purifica de la corrupción corpórea mediante el conocimiento y la virtud para elevarse al mundo puro de lo inteligible y de lo espiritual, uniéndose a él como algo que le es similar y connatural.

Otro aporte de la antropología platónica es la consideración acerca de la inmortalidad del alma. Después de la muerte, el alma continúa un proceso de purificación de un estadio a otro.

El cuerpo y el alma en Aristóteles: Las reflexiones aristotélicas sobre las diferentes cuestiones que él trató partieron siempre de explicaciones físicas.

Una de las teorías que sirvió para la explicación del ser humano fue el llamado hilemorfismo, según el cual todas las cosas están constituidas esencialmente por dos componentes: la materia y la forma.

Como el ser humano concuerda con las demás cosas, se comprende que la materia es un cuerpo, mientras que la forma es su alma. Materia y forma en el hombre son consubstanciales y connaturales, y no están unidas por accidente sino por naturaleza.

Clases o tipos de almas: Para Aristóteles todos los seres animados tienen alma, pues ésta es la que les da ese carácter. Sin embargo, sólo el hombre tiene un alma racional. En este sentido, hay tres clases de almas, así:

1. Alma vegetativa: Es el principio más elemental de la vida, el principio que regula y gobierna las actividades biológicas.

El alma vegetativa se encarga de la nutrición, del crecimiento y de la reproducción, objetivo de toda forma de vida finita en el tiempo.

2. Alma sensitiva: los animales, además del alma vegetativa que les permite desarrollar las funciones básicas de la vida, tienen sensaciones, apetitos y movimientos.

Estas funciones corresponden al alma sensitiva, que tiene como función principal la sensación, estar siempre en potencia de ser o de alcanzar algo. De la sensación proceden la fantasía y la memoria, y gracias a ella se puede determinar el placer y el dolor, lo agradable y lo doloroso, el deseo y satisfacción.

3. El alma intelectual: Es el alma encargada de realizar actos intelectivos, es decir, de razonar y de asimilar las formas intelectivas. Esta alma es independiente del cuerpo y perdura más allá de él por su propia cuenta.

De las tres almas, el alma racional es el alma dominante y debe ser la que todos debemos desarrollar, pues somos ante todo y sobre todo, intelecto.

En el cultivo y en el desarrollo del alma intelectual encontramos el verdadero y más elevado sentido de nuestra existencia y al mismo tiempo llegamos a la felicidad.

En general, puede considerarse que para los filósofos antiguos, desde distintas perspectivas y en diferentes grados, hubo una idea un tanto física del ser humano en lo relativo a su cuerpo y a sus funciones biológicas.

Sin embargo, cuando se hace referencia al alma, la tendencia fue un tanto mística y su explicación y fundamento último estaba referido hacia la trascendencia, dentro o fuera del mundo.

La noción dualista cuerpo –alma también se mantuvo en esta época y se priorizó siempre al alma como directriz y esencia del ser humano.

El ser corpóreo se comprendió entonces como algo negativo e imperfecto, frente a lo cual era necesario anteponer el criterio de lo racional e intelectual que diera orden y disciplina, conduciendo al ser humano a la felicidad, no interesando el concepto de felicidad que se manejara.

De la brevedad de la vida (Séneca)

La mayor parte de los mortales, ¡oh Paulino!, se queja de la malignidad de la naturaleza, por habernos engendrado para un tiempo tan breve y porque este espacio de tiempo que se nos dio se escurre tan velozmente, tan rápidamente, de tal manera

que, con excepción de muy pocos, a los restantes los destituye de la vida cuando para ella hacen su aparejo.

Y no es solo la turba y el vulgo imprudente que gimen de esto que creen un mal común; también este sentimiento ha provocado quejas de claros varones.

El sentido de la brevedad de la existencia: De ahí viene aquella sentenciosa exclamación del príncipe de los médicos: la vida es breve; el arte es largo.

De ahí también aquella acusación indigna de un hombre sabio que hizo, Aristóteles a la naturaleza en lid con ella, a saber: que sólo a los animales otorgó vida con mano tan larga, que la prolongan por cinco y diez siglos, y que el hombre, en trueque, engendrado para tantas y tan grandes cosas, lo circunscribió hacia adelante en término tan angosto.

No es que tengamos poco tiempo, si no que perdemos mucho. Azas larga es la vida y más que suficiente para consumir las grandes empresas si se hiciera de ella buen uso; pero cuando se desperdicia en la disipación y en la negligencia, cuando a ninguna cosa buena se dedica, el empuje de la última hora inevitable sentimos que se nos ha ido aquella vida que no reparamos siquiera que anduviese.

Nosotros hacemos la vida: Y es así: no recibimos una vida corta, sino que nosotros la acortamos; ni somos de ella indigentes, sino manirroto. Así como las riquezas, aún copiosas y regias, si vinieron a poder de un mal dueño, en un momento se disipan; pero confiadas a un buen administrador, aunque módicas, se acrecientan con su mismo uso; así también nuestra vida es harto espaciosa para quien la dispone buenamente.

Etapas de nuestra vida: En tres épocas se divide la vida: la que fue, la que es y la que será: de estas tres, la que vivimos es breve; la venidera es dudosa y la que hemos vivido es cierta e irrevocable. Contra esta última perdió la fortuna todos sus derechos, puesto que no puede volver a la voluntad de nadie.

Ésta pierde los ocupados de manera estéril, pues no tiene espacio para mirar atrás y si lo tienen, les es desabrido el recuerdo aquello de que han de arrepentirse. Ésta es, empero, la parte de nuestro tiempo, sagrada e irrenunciable, exenta de todas las eventualidades humanas, sustraídas al imperio de la fortuna, imperturbable a los ataques de la pobreza, del miedo y de la pobreza.

Ésta no puede ser ni perturbada ni arrebatada, su posesión es perpetua y limpia de toda zozobra. Sólo uno por uno y aún a momentos, son presentes los días, pero los pasados serán presentes siempre que se quiera, pues serán siempre recuerdo.